

# La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana

Año 2, N° 39



Domingo, 27 de Junio de 2004

## La Lectura

Lucas 9:51-62

En el texto del Evangelio según San Lucas para este 8° Domingo del Tiempo Propio de la Iglesia encontramos dos partes claramente distinguibles (51-56 y 57-62). Lo que une a estas dos partes, en sí bastante diferentes, es un denominador común: los discípulos no comprenden la novedad del mensaje y la radicalidad del llamado de Jesús. Veamos un poco cada una de las dos escenas.

En la primera encontramos a Jesús caminando *decididamente* hacia Jerusalén (esto quiere decir hacia su crucifixión); envía algunos de sus discípulos para que le preparen un lugar para descansar. ¿Adónde se les ocurre meterse? En un pueblo samaritano... cuando históricamente siempre han estado enfrentados los judíos con los samaritanos. Ambos grupos creían que los otros adoraban en el templo equivocado. ¿Para qué se metieron ahí? Quizás para provocar a los samaritanos, porque se creían “superiores” por haber encontrado al Mesías... o tal vez simplemente porque no había otro pueblo cerca. Lo cierto es que la reacción que tuvieron al no ser bien recibidos por los samaritanos no tenía nada que ver con la propuesta de Jesús. Jesús invita a volver a la comunión con Dios, pero no obliga a nadie por la fuerza y mucho menos, nos pone a sus discípulos como jueces. Nuestra tarea es ser *mensajeros* del amor de Dios (v.52) no jueces según nuestros criterios.

En la segunda parte nos encontramos con una serie de tres posibles futuros “seguidores” de Jesús, que antepusieron otras cosas al llamado. Las cosas que antepusieron estas tres personas, son cosas muy importantes, y nada malas, de por cierto. Ocuparse de sus familiares y ser amables con ellos no son acciones que Jesús viera con desagrado. Pero lo que nos muestra este texto, una vez más, es la incompreensión que solemos tener sobre la radicalidad del llamado de Cristo. Esto significa que para responder al llamado de Dios, tenemos que estar dispuestos a abandonar todo lo que nos ata, aún nuestra propia familia. No porque la familia no sea importante, sino porque por encima de todo está Dios que nos necesita como *mensajeros* de su amor en el mundo. Si las preocupaciones de la vida cotidiana son más “urgentes” que responder a nuestro Señor que nos llama, entonces nos quedaremos fuera del Reino al que Cristo nos invita y del cual estamos llamados a ser proclamadores.

Veámoslo en nuestras vidas. Cuántas veces dejamos de ir a Misa porque estamos cansados por el trabajo de la semana y queremos dormir, cuántas veces nos excusamos de participar activamente en algún ministerio de la Iglesia, porque “no tenemos tiempo”. Cuántas veces no ofrendamos de los bienes con los que el Señor nos bendijo, porque no nos alcanza. ¿Será realmente así? ¿Será que no nos alcanza el tiempo ni el dinero? De todo el tiempo y los bienes que recibimos como regalos de Dios: ¿cuánto estamos dispuestos a devolver como ofrenda a Dios? El mensaje de Jesús es maravilloso, pero al mismo tiempo tajante: nos ofrece la Vida eterna desde ahora en presencia de Dios, pero para eso tenemos que entregar nuestras vidas completas, todo lo que somos y todo lo que tenemos, a su servicio; porque *el que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios*, ya que este actuar rompe el arado. Transmitamos a los niños/as la importancia de vivir cada minuto de nuestras vidas al servicio de Dios, cumpliendo su voluntad y ofreciéndonos por completo a su servicio y el de nuestros hermanos/as, como hizo Jesús.

## La Actividad

### Sigamos a Jesús

#### Objetivo

Aprender sobre la importancia de seguir a Jesús y cómo podemos hacerlo.

#### Acción

Leamos la lectura, poniendo énfasis en el versículo 62. Entonces, los granjeros guiaban el arado mientras los bueyes tiraban de él. Si no miraban hacia dónde iban, el arado se salía del terreno o golpeaba una piedra. El granjero no podía mirar alrededor. Jesús dijo que aquellos que lo seguían a Él también tienen que mantener sus ojos en lo que está haciendo.

A los chicos: Tal vez ustedes nunca aren con bueyes, pero pueden entender lo que Jesús les está diciendo. Yo les pido que me miren a mí. Hagan lo que yo hago: (levantá una mano). Eso es fácil. (tocá tu nariz). Mientras me miran, pueden hacer lo que yo hago. Pero ahora quiero que todos miren hacia el otro lado (mientras miran hacia otro lado, tocá tu oreja y cruzá tus manos). Ahora no pueden hacer lo que hago. Si miran en otra dirección, no me pueden seguir. Ustedes también tienen que mirar a Jesús si van a seguirlo. Miramos a Jesús cuando estudiamos sobre Él para ver cómo vivió y cómo trató a la gente. Cuando lo miramos a Él vemos que fue amable con la gente; entonces podemos también ser amables con los demás. Cuando lo miramos, vemos que ayudó a la gente, entonces podemos ayudar a los demás. Cuando miramos a Jesús, recibimos el amor que tiene para nosotros, entonces podemos dar amor a los demás. Pero a veces olvidamos mirar a Jesús. Hacemos lo que otros hacen en vez de lo que Jesús hace. Eso se convierte en un problema. Jesús nos dice que si seguimos mirando hacia atrás no somos aptos para el Reino de Dios. Noten que Jesús dice, “sigue mirando hacia atrás.” Todos miramos lejos de Él poco más o menos. Pero cuando lo hacemos, podemos recordar que Él es quien nos perdona. Entonces miramos de vuelta a Jesús para recibir el perdón. Y lo miramos a Él de nuevo, y lo seguimos.

*Tenemos presente que...*

## **Ester**

El libro de Ester contiene una de las más emocionantes escenas de la Historia Sagrada. Este relato nos cuenta una historia de la fe de una mujer y su apoyo en Dios ante las adversidades. Ester vivía en una época en la cual el pueblo de Israel estaba bajo el Imperio Persa. Este imperio fue uno de los más largos y sangrientos que se recuerdan de la época del Antiguo Testamento, esto es alrededor del siglo III a.C. Ester se casó con el rey Asuero (Jerjes), después de que éste repudiara a su esposa Vasti.

Ella, confiada en Dios y sobreponiéndose a los problemas, intercedió por su pueblo cuando el primer ministro persa, llamado Amán, tuvo la idea de exterminar a todos los judíos, comenzando por Mardoqueo, padre adoptivo de Ester. Esto sucedió porque Mardoqueo no quiso reconocer el poder de Amán, ni adorarlo porque era judío y sólo se postraba ante Dios, que es el único Señor. Como consecuencia de lo anterior, Amán se llenó de ira y mandó a matar a Mardoqueo y a todo el pueblo judío.

En un banquete, Ester le dijo al rey, para defender a su pueblo, que ella era judía y pidió protección para sí y para los suyos contra su perseguidor Amán. El rey concedió lo pedido: Amán fue colgado en el mismo patíbulo que había preparado para Mardoqueo, y el pueblo judío fue autorizado a vengarse de sus enemigos el mismo día en que ellos iban a ser aniquilados en el reino de los persas. En memoria de este acontecimiento de liberación, los judíos instituyeron la fiesta de Purim (Fiesta de las Suertes).

Por otra parte, aunque el autor haya tenido cuidado en presentar su relato bajo una forma neutra, sin nombrar a Dios, el valor religioso de su texto es considerable; el sentimiento de una fe llena de confianza que obra constantemente, se desprende de toda la narración. Es Dios quien "guía todos los sucesos del drama y los actores lo saben". Tanto Ester como Mardoqueo encarnan esta confianza en Dios, confianza invencible que, por ejemplo, da lugar a que él no quiera postrarse ante otro que no fuera Dios,

y a esperar el triunfo del justo sobre el pecador, y a recurrir a la penitencia y a la oración.



Les recordamos que pueden encontrar este número de La Página Semanal, así como los anteriores, en la página Web de la IELU [www.ielu.org](http://www.ielu.org) . En la barra del costado izquierdo pueden ingresar al link llamado [Catequesis](#) y encontrarlos.